

EDITORIAL

El punto de inflexión: entre el límite del desgaste ucraniano y el aislamiento estratégico de Moscú

El conflicto ruso-ucraniano se encuentra en una encrucijada crítica de definición. Más de cuatro años de hostilidades han transformado el teatro de operaciones en un terreno tecnologizado pero implacable, donde convergen el agotamiento de los combatientes, el colapso del espacio humanitario y una compleja encrucijada diplomática internacional. Al mismo tiempo, la confrontación trasciende las fronteras del frente tradicional mediante acciones en las denominadas “zonas grises” por debajo del umbral del conflicto armado, como los recientes incidentes con drones en infraestructura europea y las subsecuentes represalias diplomáticas que reflejan una tensión geopolítica que se desborda progresivamente.

En su artículo, Alberto Hutschenreuter recupera un razonamiento de alcance histórico-estratégico: *en la guerra, Ucrania está perdiendo y Rusia está siendo derrotada*. Mientras Ucrania enfrenta una situación crítica defensiva con pérdida territorial y una infraestructura castigada, Rusia –a pesar de mantener la iniciativa operacional y la presión estratégica– padece un desgaste desproporcionado respecto de sus ganancias territoriales. Hutschenreuter advierte que la verdadera encrucijada para Moscú no radica solo en la “profundidad estratégica” sobre el terreno, sino en el riesgo de hipotecar la “gran guerra” de su modernización económica y tecnológica en el siglo XXI, quedando atrapada en una victoria táctica de alto costo con sabor a erosión estratégica.

En el plano táctico y operacional, la guerra está experimentando una auténtica revolución en el combate terrestre. Por su parte, en su artículo, Ángel Rojo nos muestra cómo Ucrania ha impulsado la creación de las Fuerzas de Sistemas No Tripulados (USF por sus siglas en inglés) y la doctrina del Asalto de Combate Conectado, utilizando enjambres de drones FPV, vehículos terrestres robotizados (UGV) e inteligencia artificial para minimizar la exposición humana, mientras que, en paralelo Rusia está replicando organizaciones, procedimientos y avances tecnológicos. Sin embargo, la implementación del concepto *Drone Line* no responde a un reemplazo absoluto del poder aéreo o de las armas convencionales, sino a la incapacidad de ambos bandos para alcanzar una superioridad aérea decisiva. En esta dinámica de guerra de alta intensidad, Ucrania está alcanzando su punto culminante de desgaste, frente a una estrategia rusa de asfixia logística profunda y presión metódica sostenida.

Los datos operacionales del frente evidencian que el mando ruso no busca penetraciones territoriales profundas de alta velocidad, sino una maniobra de desgaste constante distribuida en múltiples ejes, con un esfuerzo principal centrado en Donetsk y Zaporizhia, orientada a degradar las reservas operativas ucranianas, asfixiar su entramado logístico e impedir la rotación de sus tropas. En este marco, la integración definitiva de las USF por ambas partes y la interdicción sobre la infraestructura crítica consolidan un modelo de combate donde el desgaste de material y personal prima sobre las grandes maniobras clásicas.

Esta letalidad tecnológica y operativa ha provocado, en forma paralela, una crisis humanitaria sin precedentes. Ricardo Salas analiza en su artículo cómo el espacio operacional para las misiones de asistencia de la ONU y ONG se ha reducido de manera alarmante. Los ataques con misiles, artillería y drones de precisión FPV persiguen e impactan sistemáticamente ambulancias, almacenes de acopio y convoyes de ayuda, dinamitando los mecanismos tradicionales de desconfliktación e infligiendo el mayor costo sobre el personal local y la población civil. La acción humanitaria enfrenta hoy un desprecio estructural por las normas del Derecho Internacional Humanitario, transformando a los socorristas en víctimas directas e indirectas del fuego cruzado.

Este Observatorio también indaga en la esfera estratégica y diplomática, en vistas de que el panorama revela un escenario de aislamiento para Rusia. Mientras los objetivos políticos fundamentales del Kremlin se mantienen prácticamente inalterados desde 2021, enfocados en impedir la expansión de la OTAN y consolidar el control sobre los territorios anexados, la vía diplomática muestra una evidente parálisis. Aunque iniciativas como la Cumbre de Anchorage de 2025 intentaron explorar entendimientos en el eje Moscú-Washington, la actual postura de liderazgo de la Casa Blanca no demuestra intenciones de promover un acercamiento directo ni de validar las pretensiones territoriales del Kremlin. Ante la mirada distante de Washington y el rechazo ruso a intermediaciones europeas, Moscú se halla sumida en un aparente aislamiento diplomático forzado, sosteniendo su postura mediante la amenaza latente de expandir por la fuerza militar una “zona de seguridad protegida” ante la falta de diálogos sustantivos.

El conflicto ha entrado en una fase decisiva donde los límites operacionales y la firmeza geopolítica colisionan. Ucrania sostiene el frente en su cénit de desgaste mediante la vanguardia del combate no tripulado frente a una estrategia rusa de asfixia y degradación metódica; la asistencia humanitaria sucumbe ante la violencia automatizada; y Rusia encarará la encrucijada de sostener una guerra prolongada bajo un cerco diplomático que Washington no parece dispuesto a destrabar.